Sección a cargo de Guillermo Fernández

◆

Bruno Bianco

Tu primer soneto

Si cuando estás desnudo y eres mío
tiembla mi corazón como una llama;
si tú también te quemas en la flama
del lujurioso lujo del estío;

si cuando siento que se inflama el río
de mi sangre en tu sangre y todo el drama
feliz de nuestros cuerpos se derrama
como un vaso de vino en aire frío;

si cuando en la agonía deslumbrante
la perla se convierte en un diamante
y la angustia final lo hace pedazos,

es porque nunca, como en ese instante,
siento el amor que sale de mis brazos
y te estruja callado y centelleante.

Hace unos diez años recibí, junto con una breve carta de Bruno Bianco, este soneto, que el poeta toscano incluyó sin más aclaración o comentario qué un escueto "accludo questa lirica; è la mia più recente esplosione e non so cosa farmene".

Si él no sabía qué hacer con el presente texto, yo sí: comencé a traducirlo en ese mismo momento, arrastrado por el ritmo, sus aliteraciones fulgurantes y las rimas que, con cierta frecuencia, coin- cidían directamente con las de la lengua castellana. En cuanto tuve el primer borrador, apareció ante mis ojos no sólo el fantasma que comienza a materializarse y pide vivir aunque sea en otro cuerpo –en la carne y los huesos de otro idioma, pero con la exigencia de conservar el mismo espíritu–, sino también la tentación funesta de "vestirlo" con todas las rimas. Días después, luego de reñir con dicho escrúpulo, me puse a hacerle a la primera versión los "ajustes" musicales necesarios, los pasé en limpio, y vi que no desentonaban mayormente, pese a la metalicidad mayor de nuestra lengua.

No sé a dónde fue a parar la susodicha traducción. Ignoro si publiqué alguna vez este soneto del huraño Bruno Bianco. Sólo sé que si ahora decido hacerlo es porque me impulsan dos motivos ante cuya incitación no tengo ya ninguna defensa. El primero es el indudable valor e intensidad de este poema, reconocidos por el juicio crítico de algunos poetas amigos míos, quienes en cierto momento me recomendaron publicarlo; el segundo es porque ayer, al encontrar entre otros papeles el sobre vacío de una carta de Bruno Bianco, murmuré al punto –con una memoria que sólo le ha seguido siendo fiel a ciertos poemas de San Juan de la Cruz, de Quevedo, de Lope, de Michaux, de Pessoa, de Pellicer, de Othón y de Rilke–, sin tropiezo ninguno, el soneto traducido que aquí aparece. ¿Es menester otro más? Pero no se me oculta que esa misma memoria haya hecho de las suyas y me presente ahora el trasgo de aquel fantasma.Δ

Guillermo Fernández. Poeta y traductor. Es autor de, entre otros títulos, *La palabra a solas*, *La hora y el sitio* y *Bajo llave*. Ha traducido más de 50 libros del italiano, sobre todo de poesía.